



LA IZQUIERDA EN LA HISTORIA

POLITICA DOMINICANA CONTEMPORANEA

Por José Antinoe Fiallo Billini

1) Publicado en “Poder Popular”, Año I, No. 1. Septiembre-Octubre 1985. Centro de Investigación y Documentación Social (CIDOS). Santo Domingo. Edición Alfa y Omega.

Dedicatoria:
A Camilo Torres Restrepo
A Emmanuel Mounier

No es posible abordar la problemática de la izquierda hoy si no partimos de una radicalidad que sea capaz de superar la complacencia metodológica y teórica oculta en la mayoría de las plataformas políticas actuales, y que constituye el primer eslabón que impide la revisión y superación crítica de la presente situación. Obviamente la izquierda ha estado caracterizada por una dialéctica de progresiva dispersión y fraccionamiento orgánico, que encuentra sus razones en una multiplicidad de causas, que parten de su procedencia de clase pequeño burguesa, hasta la adopción de variantes marxistas importadas de degeneración esclerótica. Así como también por políticas de crecimiento y reproducción que se expresan en líneas organizativas desfasadas del desarrollo histórico-social, así como por vigencias de estrategias que no son capaces de articular la problemática clasista con la nacional, en función de un dominio de la hegemonía burguesa en el estado y en la sociedad civil, y como contrapartida, en referencia a un proyecto contra-hegemónico revolucionario.

Las Raíces Históricas Inmediatas

Obviamente las raíces de largo plazo en el pasado, por demás limitadas en nuestro caso, la izquierda dominicana del post-trujillismo tiene sus referencias inmediatas en una genética condicionada por la brutal hegemonía de la dictadura burguesa trujillista. La dominación burguesa trujillista significó una cierta ruptura en la memoria histórica del pueblo, en cuanto se planteó un proyecto cuya legitimidad ideológica y moral descansaba en una “dominicanización” territorial, social y nacional, en contradicción con la nación haitiana, por un lado, Y por el otro, con la limitación de los elementos antiimperialistas y clasistas que como sedimento se arrastraban a lo largo de varias decenas de años, de forma tal que, la dictadura burguesa resumiera la cuestión nacional como una expresión del orden y la estabilidad capitalistas.

En ese contexto, que permite la hegemonía burguesa en las masas campesinas mayoritarias y urbanas empobrecidas, surgen las primeras expresiones orgánicas socialistas, básicamente en los niveles de la pequeña burguesía urbana antitrujillista, y en sectores obreros vinculados al momento de transición entre las dos fases de la dictadura. El Partido Socialista Popular (PSP) nace en esa coyuntura, y con la limitación teórica e ideológica que imponía la forma de desarrollo de los partidos comunistas clásicos, sobre todo en el área del Caribe. Es, por lo tanto, la combinación de la hegemonía burguesa de la dictadura y las limitaciones del factor subjetivo marxista-leninista, los que marcarán el desarrollo del pesepeísmo como partido Leninista-Estalinista.

Naturalmente, la liquidación casi total de los núcleos del PSP en la década de los 40, y la virtual expulsión o exilio de gran parte de sus dirigentes y cuadros, así como el asesinato de otros, determinó la exclusión de la sociedad civil de los núcleos estratégicos de agitación y propaganda socialistas, y la asimilación del partido a la cultura del “exilio”, con las implicaciones ideológicas que ello tenía, sobre todo en la cultura estalinista de la época. Ello explica la inserción por fuera del PSP y las limitaciones para oponer a la hegemonía trujillista un proyecto contra-hegemónico de masas al interior de la sociedad civil dominicana, sobre todo en la década de los años 50.

De otra parte surge el Movimiento Popular Dominicano (MPD), con base fundamental en la emigración política, y originalmente a partir de una plataforma populista, democrática, con atisbos de marxismo empírico, y que resumía su táctica en la consigna de “lucha interna o Trujillo siempre”. A partir de esta consigna se inician los elementos fundamentales de la gran estrategia emepedeísta del futuro, que es una cierta apreciación del valor estratégico, para ellos, de las contradicciones en el Estado Burgués dominicano, como eje de la lucha de clases.

El ingreso del emepedeísmo en la década del 60 al país, su voluntad de inserción en la sociedad civil, estaba atado a una cierta asunción de la descomposición estatal, y también, a una cierta visión de las fuerzas políticas como “provocadoras” de coyunturas de crisis. Entiendo que este momento es clave para poder comprender la genética del emepedeísmo y la transformación ideológica sufrida alrededor de lo que fue siempre su tesis histórica sobre la lucha contra el Estado, o exactamente, en el Estado Burgués.

El último de los troncos históricos es el Movimiento Clandestino 14 de Junio que surge como un resultado de la acumulación de las luchas democrático-burguesas contra la forma de la dictadura burguesa-trujillista e inserto en la dinámica de la crisis de esa dictadura en la última fase de su existencia. Es la pequeña burguesía urbana dominicana, impulsada por la crisis económica, la agitación ideológica alrededor de la Revolución Cubana y la lucha interburguesa (burguesía tradicional y burguesía trujillista), lo que resume la tradición nacional y popular. El catorcismo asume la variante liberal-burguesa radical y el marxismo de la “acción” de la revolución cubana, en una síntesis política coyuntural, pero por su naturaleza clandestina y operativa, y también de clase, a una vocación político-militar.

Por ello no debe sorprender a nadie las razones por las que el “14 de Junio” se convirtiera en la principal fuerza de la izquierda en la transición post-trujillista, nucleando importantes sectores populares, y que en esa

heterogeneidad se impusiera la pequeña burguesía revolucionaria con un proyecto estratégico que centraría su utopía en la organización como una cultura armada, como una tecnología de la guerra revolucionaria, donde cada cuadro o militante ocupaba un “puesto de combate” contra las fuerzas del Estado Burgués.

Naturalmente, esta conceptualización progresiva del catorcismo lo diferenciaba tanto de la genética del PSP, como también del MPD. El Partido Socialista Popular maduró en el esquema clásico del comunismo latinoamericano, tanto en lo teórico, como en lo organizacional, sobre todo en la estrategia de acumulación interminable de fuerzas, y también, en el rechazo por principio, de la lucha armada. Por otro lado, el empedeísmo combinó atisbos de populismo urbano, tanto en su propaganda como en la movilización, oscilando entre críticas veladas al foquismo catorcista, como en intentos de crear formas “autónomas” campesinas de lucha armada que no se correspondían con su base social.

En efecto, el pesepeismo reclutó en capas medias del exilio y de las zonas urbanas del país, con relativo nivel cultural, estableciéndose una relación de equilibrio entre la naturaleza de clase de su base social y la estrategia pacífica de acumulación; el pesepeismo reclutó entre capas medias urbanas del antitrujillismo militante y conspirador, sectores populares, el grueso de ellos radicalizado en la práctica por su experiencia y movilización, así como por la incipiente propaganda socialista; el empedeísmo recluta en las capas pobres urbanas, fundamentalmente, combinando las presiones por soluciones inmediatas con su vieja y soterrada plataforma pragmática de luchar en la dinámica interburguesa. El Movimiento Catorce de Junio, por su tradición nacional y su inserción en el proceso histórico, así como por sus códigos ideológicos nacionales, era la fuerza de la izquierda más cercana a las posibilidades de construir un poder contra-hegemónico popular. Sin embargo, las limitaciones de sus concepciones teóricas, ideológicas y organizativas le impidieron desdoblar su estrategia en el nivel político y de masas. Ejemplo de ello fue la clásica discusión sobre la “doble estructura” de la organización, la sistematización de la “Infraestructura” como momento orgánico insurreccional, por un lado, y por el otro, la incapacidad para articular un movimiento de masas estrechamente vinculado al curso del proyecto estratégico.

Así como el PSP no expresaba una voluntad de atacar al Estado, en el MPD se expresaba o se atisbaba la voluntad de atacar aprovechando la contradicción interburguesa, y el catorcismo resumía en última instancia la voluntad de atacar militarmente, concibiendo el movimiento de masas como una cuestión logística, fundamentalmente.

Naturalmente, los proyectos burgueses alternativos en el post-trujillismo, se articulaban de diversa forma a la sociedad civil, sobre todo la plataforma reformista populista del perredeismo bajo conducción boschista, lo que reducía la posibilidad del catorcismo de conjugar las demandas democrático-burguesas con la movilización armada. Aunque el boschismo-perredeismo no era un proyecto orgánico tradicional al capitalismo, a pesar de su naturaleza burguesa, lograba progresivamente la movilización social de desenlace electoral, en la medida en que el catorcismo se aislaba al no poder construirse como un doble poder; en lo político y en las masas.

La Izquierda y la Política Armada

Las limitaciones ideológicas y políticas impedían, tanto al PSP, al MPD y al 14 de Junio, calibrar el curso de la crisis post-trujillista. El Golpe de Estado al régimen de Juan Bosch fue el momento de convocatoria a la política armada para todas las clases y fuerzas políticas. La burguesía tradicional, sus fuerzas políticas, la asesoría militar norteamericana, dieron el primer paso al frente con el propio Golpe Militar para recomponer la dictadura burguesa.

De inmediato, y correspondiendo a su modelo estratégico inserto en su genética y desarrollo, el catorcismo asumió un plan insurreccional de carácter militar en relación directa a las concepciones predominantes en su jefatura político-militar coyuntural.

El Golpe Militar había sido la culminación de una línea de masas política de la burguesía que abarcó movilizaciones urbanas, huelgas patronales, conspiraciones cuartelarias y acciones religiosas en gran escala, en suma, fue un intento de carácter hegemónico. Sin embargo, y aunque el Golpe suscitó resistencia y alguna movilización, el 14 de Junio resolvió armar su política sin que este momento fuera la culminación de un ascenso de luchas de masas contra-hegemónicas y al través de formas y nucleamientos distintos a las formas importadas de su esquema insurreccional. Y la burguesía tradicional y las fuerzas militares y de seguridad dismantelan por la violencia armada el momento insurreccional catorcista, en noviembre de 1963.

La estrategia boschista se articulaba a la crisis en la dictadura burguesa, es decir, división de los grupos burgueses en el plano político-militar, pero partiendo de una cierta movilización de masas bajo control de la jefatura carismática, tanto en la sociedad civil como en la sociedad política al través de las conspiraciones militares. Las alianzas expresas y tácitas del boschismo con socialcristianos, balagueristas, excívicos, militares de varias tendencias,

organización de profesionales y capas medias, se traducían en una táctica hegemónica para respaldar el proyecto estratégico central; su política armada era el golpe militar que repusiera el régimen perredeista.

A esta estrategia se subordinó la dirección del PSP, una estrategia donde la organización afloraba en la lucha de masas, pero a diferencia del catorcismo, consideraba una división del trabajo implícita, en cuanto a si había desenlace armado el uso de las armas debía quedar bajo control de los profesionales de la violencia del orden (ello sin desconocer las contradicciones internas, aunque la línea dominante era la señalada).

De todas formas, y en ambos casos, así como en del MPD, la problemática de armar la política o de cómo relacionarse hegemónica, o por ser fundamentales, en ambos casos sin posibilidades hegemónicas, o por ser salida militarista, o por estar bajo banderas burguesas reformistas y sin posibilidades de articular las demandas democrático-burguesas a una estrategia revolucionaria.

En efecto, el 24 de Abril de 1965 sorprende a la izquierda en un terreno donde sus estrategias no responden, en la medida en que la emergencia de masas rompe la estrategia del golpe militar, pero también el esquema pesepeista de la división del trabajo (política y armas), o al catorcismo que todavía no lograba recomponerse de sus derrotas militares y con una fuerte lucha interna. Sin embargo, la cultura de la guerra del catorcismo colocó rápidamente “en sus puestos de combate” a los cuadros revolucionarios, y la dirección pesepeista se vio, de pronto, cercada por las armas de “sus civiles” más jóvenes que armaron parte del partido “político”.

De todas formas, al anteponerse la estrategia golpista del boschismo y emerger las masas, al producirse la ocupación yanqui, ninguna fuerza, ni burguesa ni revolucionaria, tenía una estrategia de escala territorial, ni los recursos para extender la política armada con otras reglas del juego. Ni el boschismo ni los militares profesionales constitucionalistas, ni la pequeña burguesía, incluyendo al catorcismo podían articular una autodefensa nacional, ni disponer de fuerzas ofensivas territoriales de resistencia. Obviamente las conceptualizaciones y prácticas de la guerra no eran un componente de una estrategia contra-hegemónica, y las organizaciones eran esqueletos de cuadros y militantes, no sistemas de enlaces de formas de organizaciones de masas, por lo que los intentos de expandir la lucha armada son sofocadas por la acción militar y terrorista.

En ese contexto, el MPD se aísla del conflicto como una respuesta a su incapacidad para superar las limitaciones impuestas por su genética y por el cerco, tratando de desconocer la realidad de la guerra, expresando una variante

populista para proteger de la derrota a sus militantes urbanos empobrecidos. La lucha frontal, teniendo al Estado burgués como blanco sin la debilidad de sus contradicciones internas, no era un blanco acorde con la visualización emepedeista clásica, que había comenzado a permearse por las justificaciones ideológicas de un “maoísmo” desnaturalizado, “ruralizado”.

La lucha armada cuestiona a toda la izquierda, en su contexto territorial, en la respuesta que dieron las estrategias al vuelco de la ocupación militar yanqui y a la imposibilidad de modificar la correlación de las fuerzas militares. Esto explica algunas cuestiones importantes. En primer lugar, la escisión definitiva del Partido Socialista Popular (PSP), donde se decantan los militantes procedentes de la emigración política antitrujillista y los militantes reclutados a partir del post-trujillismo en el país sobre todo en torno a la política armada, aunque las lecciones que obtiene la dirección disidente emergente se refieren a una prolongación en el tiempo o reedición de los órganos de poder constitucionalistas (“los comandos al poder”).

En ambos casos, es decir, la vieja dirección pesepéista y la nueva dirección del Partido Comunista Dominicano (PCD), se fracturan en una doble vertiente sin que una de ellas responda a un proyecto anti-hegemónico efectivo, aunque el pcedeismo pretendió asumir el carácter de masas de la Guerra Civil.

En segundo lugar, el emepedeismo reajusta el populismo urbano de su genética, articulándolo a un discurso “maoísta” que traslada su estrategia “al campo”, bajo las formas teóricas de la guerra “popular”, lo que explica el carácter compensatorio de sus nuevas tesis en relación a su exclusión de la Guerra de Abril como guerra urbana “fracasada”.

Por último, y en tercer lugar, para el catorcismo, la experiencia de Abril como coyuntura en una larga lucha interna, significó su fraccionamiento definitivo, al enfrentarse las distintas líneas de construcción partidaria en relación a las distintas líneas de guerra que se incubaron en su seno, estimuladas por la presencia de cuadros político-militares formados en escuelas de guerra diferentes (Cuba, Vietnam, Corea, China y Venezuela).

Ahora bien, en todos los casos, la superación de Abril se realizó teniendo como eje los aparatos orgánicos partidarios clásicos y las luchas internas en ellos, lo que no respondía a una estrategia popular contra-hegemónica capaz de amortiguar la derrota militar y potenciar a mediano plazo el movimiento revolucionario.

La Izquierda en la Post-Guerra

Los principales elementos constitutivos del momento posterior a la insurrección popular de Abril podemos caracterizarlos de la siguiente manera:

1. Ruptura progresiva con la tradición nacional encarnada en las raíces históricas del catorcismo militante, al producirse una readecuación ideológica y teórica de las organizaciones en un alineamiento a plataformas y estrategias importadas. Ello significó un desfase entre la realidad concreta nacional y los instrumentos y categorías necesarios para comprender en toda su dimensión la problemática de la estrategia revolucionaria. Es la respuesta de la pequeña burguesía a sus limitaciones y abrumada por la incapacidad para auto-críticamente, y en sus limitaciones culturales (modo de ser y hacer), superar la explicación de la derrota insurreccional y la problemática de las propias organizaciones.
2. Fraccionamiento generalizado de la izquierda en varias culturas con tendencias excluyentes por su naturaleza ideologizante, y que se extienden desde el foquismo clásico que concibe la organización como una tecnología de guerra (de procedencia catorcista) hasta los agrupamientos prochinos, donde se articulan estrategias agraristas y de lucha prolongada, como crítica a los modelos foquistas, y donde se institucionaliza una política “frentista” con la burguesía como producto de lectura acrítica del maoísmo. En tal sentido se constituyen dos polos: el primero, al exterior del Estado, pero aislado en su capacidad de hegemonización, y el otro absorbido de hecho por las alternativas burguesas en razón de que se cifra el despegue de las luchas de masas en la alianza con sectores burgueses, lo que determina un elemento importante en la vieja Línea Roja catorcista, posteriormente Partido de los Trabajadores Dominicanos (PTD).
3. El empedeísmo se redefine en la medida en que ocupa un espacio cedido por las limitaciones del perredeísmo en su lucha antibalaguerista sobre todo, en relación a las capas más empobrecidas de las ciudades. Se produce una redefinición que entronca la vieja tesis de las contradicciones “en la propia burguesía”, la flexibilidad “frentista” de procedencia maoísta y las necesidades inmediatas de las capas pobres urbanas, y que llega a su clímax en la estrategia del “golpe de estado revolucionario”. Mientras el foquismo de origen catorcista centra su construcción en aparatos especializados y cerrados, el empedeísmo abre con su táctica la línea organizativa e incorpora a su periferia y en su estructura una mayor cantidad de militantes de base populista.

4. Por otro lado, el PCD desplazará su estrategia desde el intento de relevar el poder armado constitucionalista, a una redefinición de la relación del Partido con el Estado Burgués, estableciendo la necesidad de abrir espacios en la dictadura de clase para estimular contradicciones en los grupos de poder, al través de una relativa movilización en la sociedad civil y un impulso de reformas en la sociedad política, planteándose una utópica alianza entre la burguesía balaguerista, la burguesía productivista y militares de corte “nasserista”. Es importante observar cómo se acercan las estrategias emepedeístas y pecedeístas en su relación a la valoración del Estado Burgués y la burguesía en la lucha contradictoria. En el caso del emepedeísmo se hacía hincapié en el luchismo” antibalaguerista de las capas pobres urbanas, y ello se explica por la composición de clase del MPD; en el caso del PCD se hacía hincapié en la lucha de cúpula, porque su estrategia estaba cerca de una conceptualización de élite del Partido.
5. Por último está el surgimiento de grupos cristianos de “izquierda”, a partir de la progresiva escisión del Partido Revolucionario Social Cristiano (PRSC), y de la movilización de grupos católicos y evangélicos comprometidos de base, muchos de los cuales se expresarían posteriormente en los Comités Revolucionarios Camilo Torres (COREATO). Esta cultura partidaria tiene diferentes raíces, que van desde las inspiraciones “escatológicas”, evangélicas, pasando por las plataformas socialistas, personalistas y comunitarias, hasta los reclamos autogestionarios y libertarios que se integran a un marxismo metodológico “estratégico”. Con una dirección de procedencia pequeño-burguesa en sus capas de dirección, se articulan a sectores urbanos empobrecidos y en áreas de trabajo campesino y obrero, lo que produce una cierta división del trabajo que determinará su posterior escisión, a partir de una pretensión orgánica político-militar que no cuaja y que se expresa en una organización que releva algunas aristas del emepedeísmo populista.

Balaguerismo y Reconstrucción Capitalista

Las post-guerra y la vía “desarrollista” de la alianza imperialista-balaguerista abren los troncos históricos de la izquierda, en la medida en que la capacidad hegemónica de la nueva alianza y la incapacidad contra-hegemónica de la izquierda se articulan en un bloque de resultados históricos. Obviamente, la herencia teórica, estratégica, táctica, organizativa de la izquierda es tan pobre, que no puede resolver el nuevo cuadro histórico que como reto le antepone las fuerzas de la reacción; y sobre todo, no puede comprender la naturaleza de la nueva estrategia de acumulación, las transformaciones del Estado Burgués

neocolonial y el papel de la relación imperialismo-balaguerismo, incluso, subestimando la función “bonapartista” de la jefatura carismática del Dr. Balaguer. Pero aún más, es también la infravaloración del perredeísmo y su carga de populismo urbano, como elemento contra-hegemónico en una perspectiva burguesa, situación que se hace más grave por las modificaciones que en la composición social de la propia izquierda, y por tanto en su ideologización, sufren las propias organizaciones y sus direcciones.

En primer lugar, la dirección del PCD y el PSP se estructuran y estabilizan como direcciones de capas medias, que tienden, por esa dinámica, a buscar espacios legales para desarrollar sus estrategias reformistas sobre todo en el primer caso, ya que en el segundo, el grado de nulificación social fue llevado a su grado extremo, al asumir su condición de fuerza minoritaria subalterna a conciencia. Sin embargo es relevante señalar, que tanto la visión etapista y tradicional del PSP, en cuanto a la caracterización del proceso histórico, como la redefinición desarrollista y estatista de tipo euro-comunista, son el resultado de una matriz común a analizado, por lo que siguen trillando un camino reformista, que los llevará, a unos, a la integración con el Partido de la Liberación Dominicana (PLD), como fuerza reformista que abarcarían, tardíamente, al propio PLD. En ese sentido se conforman como organizaciones políticas al margen de estrategias revolucionarias, lo que a la postre determinará nuevas escisiones y el surgimiento de nuevas fuerzas políticas.

Por otro lado, la eclosión de las masas pobres urbanas, al través de los fenómenos concomitantes de aceleración de la urbanización y crisis en el desarrollo de las fuerzas productivas industriales, lanza al centro de la acción, como decíamos, al Movimiento Popular Dominicano, que ocupa momentáneamente el espacio político de la táctica perredeísta en su variante “peñagomista”. Combinando una estrategia flexible burguesa, sustentada por Maximiliano Gómez, enraizada en una política de reclutamiento urbano, se pretende armar la política antibalaguerista en un contexto donde la hegemonización de la burguesía solo era cuestión de tiempo, por un lado, por otro, la reacción represiva era una correlación desfavorable a una organización que no era un “aparato” de guerra. Era una estructura de cuadros tradicional, una línea de masas débil, sin capacidad de resistencia, lo que explica el fracaso de la línea armada de masas sintetizada en los “comandos clandestinos”.

La quiebra del emepedeísmo su fraccionamiento está inscrita en ese clímax de su desarrollo populista, donde se articulan elementos del marxismo de procedencia maoísta importada, con teorizaciones de procedencia clasista no proletaria, empujado por el proceso de llenar un vacío coyuntural que dejaba la táctica de repliegue del boschismo.

El foquismo clásico se rearticuló a partir de la lectura debraysta y la Tricontinental, trata de redefinir una estrategia integral. Aparentemente monolítico en su núcleo más importante, expresa sin embargo, dos variantes que deben ser abordadas con delicadeza. En primer lugar el núcleo de “Los Palmeros”, que vienen la mayoría de ellos, de una tradición histórica del catorcismo original, clandestino, combativo y de guerra, y que era en sí un aparato militar homogéneo. Posteriormente, se agregan los integrantes de nuevos reclutamientos y coyunturas que no tienen la solidez política-militar de los núcleos históricos, ni la capacidad de conducción políticas, como es el caso de los núcleos que se incorporan posteriormente al movimiento Caamañista.

En ambas variantes, la cuestión militar no era un componente de una estrategia política del largo y mediano plazo, una posibilidad de hegemonización, autodefensa y estrategia ofensiva, sino una concepción de guerra del corto plazo que actuara como estímulo a un esquema insurreccional urbano que desplazaría como una cadena de detonaciones sociales, al cual serían arrastrados amplios sectores, incluyendo sectores pequeños burgueses y burgueses.

En contradicción aparente a esta problemática surge la Línea Roja del Catorce de Junio, que como hemos señalado rescata el esquema importado frentista de “naturaleza maoísta”, e incorpora una concepción de guerra “popular prolongada” a diferencia de los esquemas “foquistas”. Sin embargo la realidad demuestra que el planteo original fue una cobertura ideológica para transitar a la construcción de una organización pequeña burguesa subalterna a esquemas de hegemonización reformista. Ello explica la constitución de la Unión Patriótica como frente político burgués reformista, y la relación posterior UPA-Partido de los Trabajadores Dominicanos (PTD) como dos polos de esta estrategia, y la permanente relación ideológica con la plataforma política reformista del Partido de la Liberación Dominicana (PLD).

El propio desarrollismo dependiente del balaguerismo creó las condiciones para la escisión del Partido Revolucionario Dominicano (PRD) y el surgimiento del Partido de la Liberación Dominicana (PLD), que es un resultado del desarrollo de la pequeña burguesía en el esquema dependiente, la herencia populista del perredeísmo, la hegemonía del boschismo como variante ideológica burguesa, e ideas y concepciones “marxistas” articuladas a la matriz orgánico-ideológica conservadora del Partido.

A lo largo de su línea de desarrollo, y a pesar de las luchas internas ideológicas y políticas, que han involucrado sectores marxistas de la organización, el PLD se ha perfilado como una organización de estrategia electoral, reformista, bajo conducción ideológica de una jefatura personal carismática autoritaria, para la cual las acciones históricas son hechos de

minorías audaces, a las cuales las masas asisten como espectadoras, en todo caso, dentro del orden capitalista.

En esta perspectiva, la confluencia entre fuerzas de “izquierda” analizadas, así como con el perredeísmo, en su totalidad o en sus expresiones grupales, y el peledéismo, es explicable en cuanto sus genéticas contienen elementos fundamentales del reformismo, y a lo más que alcanzan a decantar es hacia una variante estatista y populista siguiendo esquemas keynesianos.

Podemos afirmar que la maduración del balaguerismo y la viabilidad de la modernización, dependiente del capitalismo dominicano en ese período, se sostienen, en gran medida, en que la izquierda osciló, entre el voluntarismo de minorías armadas, hegemonizadas o destruidas por la burguesía, o en proyectos reformistas y centristas que acercaron las organizaciones a redefiniciones burguesas posteriores. Y por otro lado, porque el peledéismo se centró en una “autoorganización” orgánica al margen de las luchas de masas revolucionarias, lo que determinó que en sus raíces históricas se articularan el boschismo como ideología positivista y pragmática y la vida administrativa partidaria, ambos, teoría y práctica de la organización, lo que impedía e hizo irreversible su condición de no-izquierda, es decir, de partido burgués.

El Régimen Perrededísta

Al cerrarse, por agotamiento, una de las variantes autoritarias de la dictadura burguesa, y abrirse nuevos espacios democráticos en la misma dictadura, con el desenlace electoral de 1978, ingresamos en una fase donde se profundizará el carácter reformista del grueso de los troncos históricos sobrevivientes; y además, de las disidencias o reestructuraciones de diversas organizaciones, en la medida en que los aparatos orgánicos emergen de manera total a la legalidad de la “voluntad popular”, desde la clandestinidad, la semiclandestinidad o la legalidad “tolerada”.

Esta emergencia se hace en condición subalterna al perredeísmo, que había hegemonizado la oposición burguesa popular, porque la incapacidad del grueso de la “izquierda” había otorgado al perredeísmo la condición de mediador entre ella y la dictadura burguesa. Lo que explica de hecho el reforzamiento de la vieja apreciación sobre el Estado Burgués de varios de los troncos históricos; y aún más, ello explica también por qué la teorización del llamado “Estado consensual” prendiera fácilmente en varios niveles de dirección, autonomizando la problemática de la “democracia” con un fenómeno de maduración clásica, cambiando la naturaleza del Estado y decretando una lucha parlamentaria para

su copamiento burgués, en alianza con las fuerzas burguesas “populares”, que por su naturaleza eran la llave abierta para que la izquierda “transformara” el orden.

Es correcto afirmar, que el afloramiento a la “legalidad” casi total, tanto de las organizaciones, como de cuadros y dirigentes, cierra un ciclo que venía desarrollándose a lo largo de dos décadas, y que maduró en la condición de clase de parte de la dirección, la importación de esquemas antimarxistas de extracción europea. Sintetizado en un acomodo para ejercer la actividad política con cierta seguridad, al abandonar la cultura marxista como cultura “insurgente”. Esto a su vez explica la reproducción de la disidencia, por tanto, la reproducción en gran escala del fraccionamiento de los viejos troncos históricos, así como de las anteriores disidencias de esos troncos.

Esta disidencia tiene diversas perfilaciones. Por ejemplo, del viejo emepedeísmo (MPD) surgen varias disensiones, siendo la primera de ellas el Núcleo Comunista de Los Trabajadores, que porta en su seno la combinación de una desviación “poética” eurocomunista y elementos de una cultura “libertaria” comunitaria, razón por la que al poco tiempo crea las condiciones para el surgimiento de la Tendencia Crítica Socialista (TCS). De otro lado, la alianza emepedeísta que provoca la salida del NCT se rompe y surge posteriormente, el Partido Comunista del Trabajo (PCT) que pretende rescatar la vieja tradición “stalinista-maoísta” importada de los viejos troncos, con una pureza ortodoxa obrerista que se asimila a la plataforma albanesa, como forma de evadir la autocrítica a fondo sobre la izquierda recluyéndose en los viejos y gastados mitos burgueses de cierto marxismo europeo trasnochado.

El resto del emepedeísmo “oficial” queda entrampado entre la resurrección de las viejas “glorias del pasado”, y la imposibilidad de articular un partido renovado y un verdadero movimiento popular dominicano, como hecho marginal, entre una legalidad parcial y una utopía insurreccional que no puede ser concretizada.

De otro lado, la múltiple y rápida sucesión de fraccionamiento de los Comités Revolucionarios Camilo Torres (CORECATO), expresa los diversos niveles de la composición clasista de la organización, y en el Partido Socialista (PS) convergerían capas medias, desde intelectuales hasta militantes provenientes del foquismo ortodoxo, y cuyo punto coyuntural de articulación era una combinación de racionalización, frente a una cierta espontaneidad y cultura populista que se nuclearon alrededor de dirigentes y militantes vinculados al trabajo obrero, barrial y campesino gestando posteriormente al Movimiento Socialista de los Trabajadores (MST). De todas formas, en la dinámica de este fraccionamiento encontramos los mismos elementos centristas y reformistas que

en otras coyunturas, en cuanto tanto el Partido Socialista (PS) como el MST no partían de una estrategia contra hegemónica, aunque el MST tenía una mayor inserción en la sociedad civil.

Desde este punto de vista no debe extrañar, hoy, que tanto la fracción Max Puig, así como el viejo MST hoy en el Bloque Socialista o el resto del Partido Socialista (PS), también en el BSA, o militen en el PLD o tengan una apreciación idéntica en torno a la relación estratégica con dicho partido boschista.

Por otro lado, el partido de los Trabajadores Dominicanos (PTD) acentuó su línea frentista en el trabajo político, tanto sindical, barrial y estudiantil, buscando en todo caso una inserción burocrática y una supervivencia administrativa al través de cuotas de poder clientelista, lo que de hecho conservadurizó su práctica, arreció la lucha grupal interna, y abrió el camino a nuevas escisiones orgánicas a mediano plazo. Ello explica también, cómo lentamente, se acercó a sus “acérrimos” adversarios del PCD y a otras fuerzas anteriormente objetadas, pues su naturaleza reformista se hizo patente y fue asumida por encima de los viejos mitos del maoísmo a “ultranza”.

El Partido Comunista Dominicano (PCD), uno de cuyos elementos ideológicos y de propaganda fue la vocación de “gran partido” de tipo europeo, quedó en difícil posición y atrapado en dos procesos electorales, insistiendo en impulsar movimientos de masas bajo estrategias reformistas, que se combinan con una imagen de confiabilidad para las capas medias y el orden publicitario. Se establece, pues, una relación de maniobra entre el Partido y el Estado Burgués, a partir del uso de los espacios democráticos de la dictadura y de las potencialidades de las contradicciones de clase interburguesas, siendo la utopía mayor una reestructuración “nasserista” o “peruana”, o en el mejor de los casos, “allendista”.

Por último, el Partido de la Liberación Dominicana (PLD) se decanta como una fuerza conservadora pequeño burguesa, al expulsar y perseguir a dirigentes y militantes con posiciones de izquierda, es decir socialistas, incorporando a su vez, militantes y dirigentes de otras organizaciones que a la vez que abandonaban algunas posiciones de izquierda encontraron en el PLD la maduración o clímax de las posiciones centristas que se habían incubado en sus viejas organizaciones, y tal es el caso de una parte de los dirigentes y militantes del Partido Socialista Popular (PSP) y la fracción Max Puig del Partido Socialista (PS). En este contexto se producen nuevas escisiones y la nueva dinámica cobra renovados impulsos, siempre, sobre la base de una multiplicación de los fraccionamientos, que sientan las bases para el total agotamiento de los viejos proyectos con nuevos rostros, y por tanto de la dirección histórica que todavía pervive en el escenario político dominicano.

La Situación Actual

A partir de esta heterogénea base orgánica histórica, pero con elementos comunes o unificantes en su genética y en sus limitaciones históricas, se producen y desarrollan diversas experiencias de unitarismo en el seno de la izquierda, todas fracasadas o en proceso de fracaso, y que van desde la llamada Convergencia Socialista hasta la Unidad Socialista, la Izquierda Unida, y hoy, el Frente de la Izquierda Dominicana (FID).

Estas plataformas de convergencia, son, en todos los casos, vías para aflorar a la legalidad, o para vivir en la legalidad disputando espacios políticos a las fuerzas reformistas y centristas, no como parte de una plataforma de masas, y por tanto de reproducción no tradicional de las organizaciones revolucionarias, sino en el marco de estrategias derechistas y electoralistas de corto y mediano plazo, como lo demuestran los resultados electorales de 1982.

Atacada en sus flancos por las variantes burguesas que representan el peñagomismo y el boschismo, la izquierda “histórica” recorre el camino de su propio “frentismo” o “unidad”, y de las funciones orgánicas, como vía para limitar su debilidad creciente, como organizaciones individuales, sin darse cuenta que estos procesos multiplican sus debilidades, y que al culminar cada fase, el conjunto que surge es menos expresivo que las partes que se agrupan.

Esa competencia con el peñagomismo y el boschismo explica la lucha o forcejeo, así como las alianzas cíclicas o coyunturales con el perredeísmo y el boschismo, que tuvieron como polos el PTD, UPA y PS, antes y después de las elecciones de 1982.

En este contexto se producen los más recientes agrupamientos orgánicos que llevan a la constitución del Bloque Socialista, que integra el Núcleo Comunista de los Trabajadores, Movimiento Socialista de los Trabajadores y Partido Socialista, así como pequeños grupos troskistas y “neomarxistas”. Esta constitución explica el carácter y naturaleza actual del Bloque Socialista, que es una plataforma “culturalista”, que resume un “socialismo” no marxista con la herencia voluntarista de las jefaturas manipuladoras de la vieja dirección histórica de la izquierda, lo que da una tonalidad muy específica a su línea de masas, donde combina la autonomía de las organizaciones bajo su hegemonía –MCI y CGT- relativa y un discurso soterrado no efectivo de carácter insurgente.

En todo caso, es imposible, con esta articulación de socialismo “libertario”, autonomía del movimiento de masas, legalismo centrista y discurso “soterrado”, construir una verdadera vanguardia revolucionaria.

Por otro lado, se desarrolla la crisis del Partido de los Trabajadores Dominicanos (PTD), luego de una lucha significativa entre fracciones conservadoras y centristas, surgiendo la Organización Revolucionaria del Pueblo (ORP), de la cual ya se han producido escisiones también, sobre todo porque este proceso se dio con el abandono vergonzante de toda la simbología del maoísmo importado y un incremento progresivo de su desplazamiento hacia definiciones abiertamente reformistas para sobrevivir la crisis de la organización. Es significativo que su creación política frentista, la UPA, también con una crisis larvada interna, en su vieja dirección reelecta, asuma la tarea de plantear la subordinación a la hegemonía del boschismo, cumpliendo su función de ser expresión de necesidades de la organización madre, y de la franqueza de dirigentes abiertamente no marxistas.

El Partido Comunista Dominicano (PCD) atrapado por su vocación de “gran partido”, y su tarea histórica impuesta de ser eje de unificaciones mayores enfrenta su propia disensión con un debate interno que no comprende que la problemática no es el debate en sí, sino fundamentalmente, la superación de las organizaciones históricas produciéndose la escisión del Movimiento Cuestionador del PCD.

Sin embargo, y en todo caso, los nuevos fraccionamientos y agrupamientos, es decir, la diversidad unidad como fenómeno dialéctico, se dé como resumen de las debilidades y agotamientos acumulados a lo largo de dos décadas. Y lo demuestra la constitución del Frente de Izquierda Dominicano, que con su “Plataforma Alternativa” presentada en Abril de este año, comprendía la estrategia reformista a la cual arriban varias direcciones históricas agrupadas-unificadas en los últimos años, y también, al callejón sin salida en que se encuentran luego de no comprender la naturaleza íntima de este proceso histórico contemporáneo.

Hegemonizada por la burguesía, como consecuencia de su incapacidad orgánica, política, en lo táctico y estratégico, teórica e ideológica, hostigada como dijimos, en sus flancos por el peñagomismo y el boschismo, es decir, por otras fuerzas políticas burguesas, la plataforma tradicional se recicla de fracaso en fracaso, sin poder descubrir la naturaleza sistemática de esos fracasos, y cada momento se transforma en fraccionamiento y debilidad, porque no es posible mantener ya la unidad, la reproducción, la influencia en las masas, así como potencialidades hegemónicas, a partir de esas viejas y superadas formas organizativas y políticas.

Siendo el 1965 una especie de paralelo histórico, es allí donde la izquierda es derrotada, y también, hegemónizada estratégicamente por el imperialismo y la burguesía, y la incapacidad para una respuesta a largo plazo, la encadenó a una larga sucesión de fracasos y a un agotamiento mortal, al cual hoy asistimos.

Sin embargo, ese agotamiento mortal de las viejas organizaciones y las direcciones históricas, que significan la necesidad de una reflexión radical crítica, serán y son las responsables del surgimiento de nuevas respuestas que por partir de esa matriz, podrán ver, escuchar y sentir, lo que otros no pudieron, y recuperar el tiempo y el terreno perdidos, así como el futuro incierto y difícil que le espera a miles de militantes y decenas de miles de espectadores de este drama y esta esperanza.